

Las luciérnagas y 20 cuentos más

© Eloy M. Cebrián, 2005

Prohibida la reproducción total o parcial
sin la autorización expresa del propietario
del copyright.

IGUAL QUE ENTONCES

Siempre me ha gustado el aroma del alcanfor. Recuerdo que de niña, cuando mi madre guardaba las ropas de invierno, yo esperaba a que saliera de la habitación y me encerraba dentro del armario, aspirando profundamente para que aquella fragancia me llenara por entero. Me divertía oír cómo ella me llamaba a gritos mientras me buscaba por toda la casa, creyendo que había bajado a jugar a la calle o a casa de alguna vecina, aunque siempre salía cuando notaba por su tono de voz que estaba empezando a enfadarse. Y al salir me encontraba un poco mareada, y tenía que taparme los ojos porque la luz que entraba por la ventana me hacía daño, de tanto tiempo que había pasado a oscuras...

Sábado, 6 de septiembre

Un hombre denuncia la desaparición de su esposa

Fuentes policiales informan de la denuncia presentada por L.M.S., de 43 años, taxista de profesión y vecino de esta localidad, con respecto a la desaparición de su esposa, M.J.G., de 42 años y ama de casa. El denun-

ciante echó de menos a su mujer el miércoles por la noche, tras regresar al domicilio familiar una vez terminada su jornada laboral. Esto ocurría pasadas las dos de la madrugada, ya que, según el marido, su trabajo a menudo le obliga a regresar a casa a una hora avanzada....

...Entonces llegaba mi madre. Pero, ¿dónde te habías metido, niña? Y yo ponía cara de buena. En ningún sitio, estaba aquí todo el rato, lo que pasa es que me había vuelto invisible. Y ella se reía y se le pasaba enseguida el enfado. Mi pobre madre. Ojalá viviera todavía. Cuando me quedé embarazada ella fue la única que se opuso a la boda, la única que dijo que yo era demasiado joven para casarme. Fue durante el viaje de estudios de COU. Yo tenía sólo dieciocho años y Luis acababa de cumplir diecinueve. Supe lo del embarazo casi a la vez que los resultados de la selectividad. Había aprobado con buena nota. Podría haber entrado en enfermería, como yo soñaba. Y entonces vino el niño y lo cambió todo. Los padres de Luis se empeñaron en que teníamos que casarnos inmediatamente y mi padre les dio la razón. Pero mi madre no. Mi madre pensaba que yo debía seguir estudiando, y decía que éramos sólo unos chiquillos y que si nos casábamos íbamos a tirar nuestras vidas por la ventana. No quisieron escucharla. Los padres de Luis tenían este piso y nos lo amueblaron, todo a su gusto, con estos mamotretos oscuros y feos que aún tenemos, y que me han hecho sentirme siempre como una extraña en mi propia casa. Y al final del verano, cuando apenas se me notaba aún el embarazo, se celebró la boda. Por entonces yo debería haber empezado en la universidad. Quería irme a Madrid, a una residencia, y luego a lo mejor compartir un piso con algunas compañeras. Y en lugar de eso me encontré vestida de blanco delante de un altar, en una boda que ni siquiera me parecía la mía, porque yo siempre había cre-

ído que el día de mi boda sería muy alegre, y aquella mañana no hacía otra cosa que llorar de pena. Y luego el banquete, tan grande y tan lleno de extraños, porque el padre de Luis era abogado y tenía muchos compromisos, y la gente que me besaba y me decía que sea enhorabuena y lo guapísima que estaba. Y a mi lado aquel muchacho al que apenas conocía, con quien me obligaban a casarme por algo que pasó durante el viaje de estudios a Mallorca una noche de la que casi ni me acordaba de puro borracha que estaba. Pero el día de mi boda no bebí, porque estaba embarazada de tres meses aunque no se me notara aún. El que sí bebió fue Luis. Bebió muchísimo, no sé si para darse valor o sólo porque era todavía un niño y no sabía muy bien lo que hacía. Bebió tanto que a los postres ya no podía mantener la cabeza derecha. Y luego, cuando la orquesta empezó a tocar El Danubio Azul y nos hicieron levantarnos para empezar el baile, estaba ya tan borracho que se vomitó encima del chaqué, y a mí me manchó los zapatos blancos y el borde el vestido. Y me quedé sin saber qué hacer ni dónde esconderme, dándome cuenta de que todo el mundo me estaba mirando, y con esa sensación tan rara de que aquello no me estaba pasando a mí. Qué vergüenza, qué vergüenza, murmuraba mi suegra retorciéndose las manos. Y a Luis tuvieron que llevárselo a urgencias porque se había puesto muy pálido. Aunque luego, por la noche, ya se le había pasado y quería que hiciéramos el amor. Total, de perdidos al río, decía. Pero yo no le dejé. Se enfadó, muchísimo. Pero le dije que no. Igual que otras muchas veces durante estos años, veintitrés años ya, cuando venía curda de madrugada, después de pasar casi toda la noche de bar en bar, y se metía en la cama desnudo, apestando a alcohol y a tabaco, y a otras cosas que prefiero no saber qué eran, empeñado en que tenía que dejarlo hacer lo que quisiera, porque era mi marido y tenía derecho...

... “Estoy muy preocupado”, le comunicó el marido al agente que atendió su denuncia en comisaría, ya que, al parecer, su mujer nunca se había ausentado del domicilio sin previo aviso. “Por la mañana, cuando la dejé a eso de las ocho, estaba normal”...

... Y lo repetía gritando cada vez más fuerte y tocándome con esas manos que parecían garras, hasta que yo me levantaba corriendo y me encerraba en el baño y echaba el pestillo. Y él venía detrás tambaleándose y gritando tengo derecho, tengo derecho, abre, puta, y cosas aún peores, y empezaba a aporrear la puerta, hasta que yo le abría para que no siguiera armando escándalo, y no por los vecinos, sino por los niños, que me daba no sé qué que las pobres criaturas oyeran a su padre gritarle esas atrocidades a su madre. Pero ahora que los niños ya no están en casa, por mí puede aporrear la puerta lo que quiera, porque no pienso abrirle más. Y si no, voy y le pongo una denuncia, como hacen ya tantas mujeres. Aunque siempre me ha parecido que mucho caso no les harán. Porque este mundo lo hicieron para los hombres. Eso no hay quien lo dude. Además, ¿qué motivos tengo para denunciarlo? Porque, la verdad sea dicha, pegarme no me ha pegado. Alguna vez me ha zarandeado con fuerza y luego me han quedado cardenales en los brazos. Y ya he perdido la cuenta de todos sus insultos. Pero pegarme, lo que se dice pegarme, no lo ha hecho. A mi hijo sí. Muchas veces. Como aquella noche que el chico había salido de cena de fin de curso y no volvió hasta la mañana siguiente. Tenía ya dieciséis años y yo no le di importancia. Le rogué a Luis que se acordara de cuando nosotros teníamos esa edad y hacíamos tres cuartos de lo mismo. Pero él no quiso oírme. Se pasó toda la noche diciendo que cuando el chico

volviera lo iba a matar. Y más le habría valido al pobre hijo no volver a casa aquella mañana, porque cuando su padre le echó la vista encima se fue hacia él como un loco y lo molió a palos, y yo creo que si no se lo quito de encima me lo mata de verdad. No es raro que el chico se marchara de casa nada más cumplir los dieciocho. Dijo que se iba de acampada con unos amigos, hace cinco años de esto, y ya no lo he vuelto a ver. Apenas he sabido nada de él durante todo este tiempo. Ni siquiera ha llamado por teléfono, a lo mejor por miedo a que se ponga su padre. Me ha escrito tres o cuatro veces para decirme que no me preocupe, que vive en Canarias y que se gana bien la vida de camarero. Aunque muy bien tampoco le irá, porque al final de todas las cartas, así como quien no quiere la cosa, siempre me pide que le envíe algún dinero por giro postal. Yo le he ido mandando lo que he podido, apenas unas pesetas que he tenido que pedirle a mi padre. Porque una vez se me ocurrió mencionárselo a Luis y se puso como una fiera. A ese vago ni un duro, ese no es hijo mío...

...Sin embargo, parece que la mujer ha sufrido varios episodios graves de depresión nerviosa, lo que hizo aconsejable montar un dispositivo de búsqueda con la máxima urgencia...

...Y así es como van las cosas. Yo habría querido algo bien distinto para él. Pero la vida casi siempre decide por nosotros, bien lo sé yo. Aunque con la niña ha sido diferente. A ella siempre le han ido bien los estudios, y ha tenido además la suerte de que su padre la respetara más que al chico y que a mí. Mi nena por aquí, mi nena por allá. Y así desde que nació. Me da vergüenza hasta pensarlo, pero alguna vez he llegado a sentir celos. Yo creo que si Luis nos hubiera hecho al chico y a mí la mitad del caso que le ha hecho a ella, a lo mejor las

cosas habrían sido de otra manera. Pero no. Ella era su nena, y nosotros como si no existiéramos. Acaba de cumplir los veinte, pero a Luis se le sigue cayendo la baba cada vez que la ve, igual que cuando tenía tres añitos. Aunque poco la puede disfrutar ahora, porque lleva ya dos cursos fuera. Estudia derecho y comparte un piso con amigas. Y hasta en eso me da envidia. Qué mala madre debo de ser. Aunque no creo que haya sido culpa mía. Ella ha estado siempre del lado del padre. Siempre. Cuando era muy pequeña y nos oía a Luis y a mí discutir a gritos, venía corriendo a pegarme patadas en las espinillas. Mamá mala, mamá mala. Y Luis se reía a carcajadas. Luego, cuando creció, fue aún peor, que ni siquiera parecía hija mía, porque una hija no trata a su madre con ese desprecio, como si en lugar de su madre yo fuera la sirvienta. Siempre a la greña ella y yo, siempre diciéndonos cosas horribles, lo peor que se nos ocurría. Y a pesar de todo, cuánto la he echado de menos desde que se marchó a estudiar fuera. Porque al irse ella me di cuenta de lo sola que me había quedado, como si no hubiera nadie más que yo en el mundo, y parecía que las cuatro paredes de esta casa fueran a caérseme encima. Desde que mis hijos no están conmigo tengo la impresión de que mi vida ya no le sirve a nadie, ni siquiera a mí, y todas las cosas que antes me parecían importantes ahora no valen nada de nada. Ya no me queda ni el consuelo de ir a llorarle a mi madre, porque un mes de junio, hace tres años, le encontraron un cáncer y para el final del verano ya estaba muerta, así de pronto, como una vela que se apaga. A lo mejor debería salir más, dar una vuelta por las tardes. Qué sé yo. A lo mejor debería hablar con mis vecinas, incluso salir a cotillear a la escalera, como hacen ellas. Aunque si hiciera eso les estropearía la diversión, porque sé que muchas veces murmuran sobre mí. Las he oído por el patio interior. Dicen que soy rara y que estoy un poco loca. Pero

eso me da lo mismo. Yo sé que no soy como ellas. Si por lo menos Luis cambiara un poco, si con el tiempo se le fuera suavizando un poco el carácter. Pero ya he dejado de hacerme ilusiones, porque lo único que ha hecho con el tiempo ha sido empeorar. Como todo. Con el tiempo todo va a peor, y ya hace mucho que dejé de preguntarme si mi marido me seguía queriendo. Aunque al principio de estar casados la cosas no eran tan malas. Los dos trabajábamos como burros. Luis en aquel despacho en el que entró de administrativo recomendado por su padre, y yo en casa, con el niño, que nunca me había imaginado que una criatura tan pequeña pudiera dar tanto quehacer. Por la noche estábamos siempre molidos, pero éramos muy jóvenes y aún nos quedaban ganas de reír y de armar juerga. Aunque, claro, yo echaba de menos a mis amigas del instituto, porque ellas habían seguido estudiando y haciendo las vidas que tenían pensadas, mientras que yo, casi sin darme cuenta, me había visto de la noche a la mañana convertida en madre y ama de casa. Pero lo llevaba con ánimo, porque pensaba que cuando el niño creciera un poco y empezara a ir al colegio, yo podría trabajar fuera de casa, incluso seguir estudiando. Mi equivocación fue quedarme embarazada de la niña cuando el chico apenas tenía tres años. Aquello me ató a la casa para los restos, y también fue lo que hizo que Luis se volviera como es ahora. Aunque a lo mejor no es como lo estoy contando. A lo mejor soy injusta echándole la culpa a la niña. Pero cuando ella nació Luis empezó a decir que las cosas no podían seguir así, que con su trabajo no ganaba nada y que ahora había otra boca que alimentar. Cuántas veces repetiría aquello de la boca que alimentar. Entonces pidió el préstamo para comprar el taxi, y ya casi nunca lo veía, porque se pasaba todo el día trabajando en la calle. Y al terminar la jornada se iba al bar con los amigos, y cada noche volvía más tarde y más bebido...

...Transcurridas 48 horas sin noticias, dos agentes se personaron ayer viernes en el domicilio del denunciante en busca de pistas que pudieran resultar útiles en la búsqueda. De modo que, tras solicitar la correspondiente autorización, procedieron a efectuar un minucioso registro de la vivienda...

...Y yo todo el día bregando con la casa y con los niños, sobre todo con la niña, que ya de pequeña era malísima, y parecía que adivinaba cuándo estaba yo más cansada para llorar con más ganas y darme aún más guerra. Una vez, desesperada ya del todo, la saqué de la cuna de mala manera y la sacudí muy fuerte mientras le gritaba que se callara. Que Dios me perdone. Cállate, cállate, cállate, así cien veces, hasta que me di cuenta de que el chico me miraba con cara de susto y había empezado a hacer pucheros. Y entonces los tuve a los dos llorando toda la tarde, y yo también lloré, y creo que no he dejado de llorar desde aquel día. Sí, quedarme embarazada de la niña fue lo que acabó de estropearlo todo. Encima engordé muchísimo, lo que no me había pasado con el otro embarazo. Esta vez me hinché como un globo, tanto que no me reconocía cuando me miraba al espejo. Y luego, como apenas salía de casa, no pude quitarme de encima tantos kilos como me sobraban y ya me quedé así. Veintidós años tenía yo cuando mi hija nació. Mis compañeras del instituto aún estaban estudiando, y yo ya era una mujer gorda encerrada en su casa con dos hijos pequeños. Gorda. Cuántas veces me habrá llamado así Luis. Gorda, gorda, gorda. Al principio como de broma, pero luego ya no, que se le notaba que estaba hablando en serio y a veces hasta me ponía cara de asco. Y ya no quería verme ni tocarme. Menos cuando venía borracho y cualquier cosa le servía. Entonces se tumbaba encima de mí y se aliviaba en un

momento, y luego se daba media vuelta y a roncar. Pero ahora no. Ahora estoy decidida a no dejarle hacerlo nunca más. Aunque a veces echo mucho de menos esos tiempos en que estábamos solos los dos con el niño, cuando llegaba el fin de semana y nos encerrábamos en el dormitorio para retozar hasta la madrugada. Pero aquello duró muy poco, porque enseguida dejamos de ser jóvenes. Por lo menos yo dejé de serlo desde el día que mi marido empezó a llamarme gorda y a mirarme con cara de asco. Y después ya no tenía bastante con decirme gorda y me decía también que era tonta perdida, que me estaba volviendo idiota de pasar tanto tiempo encerrada en casa, y hasta me hizo borrar me del Círculo de Lectores, porque decía que era un gasto inútil y que a una maruja como yo no le hacían falta tantos libros, que con las revistas ya me apañaba. Y lo peor de todo es que me dio por pensar que tenía razón, que yo ya no servía para nada. Y había días que me encontraba tan desanimada que ni siquiera podía levantarme de la cama. Cómo estaría de mal que mi médico de cabecera se dio cuenta y me obligó a ir a un especialista del seguro. Las pastillas que me recetaron me ayudan un poco, pero no me gusta tomarlas porque me dejan como vacía. Y además sé que lo que a mí me pasa no se arregla con pastillas. Hace años, cuando los niños eran pequeños y estábamos siempre apurados de dinero, al menos tenía preocupaciones, cosas en qué pensar. Pero ahora ya ni eso. Ahora me he quedado sola del todo y ya nada me importa. A veces me da por preguntarme qué pasaría si un día me volviera invisible. ¿Se enteraría alguien? ¿A quién le importaría que yo dejara de existir? Por eso sigo sin poder levantarme de la cama algunas mañanas, porque sé que el día va a pesarme como una losa y me faltan las fuerzas, y no quiero ver a nadie ni que nadie me vea a mí. Me da igual que Luis me llame loca y que lo oigan los vecinos. Me dan igual sus insultos y sus gri-

tos. Me da igual todo. Sólo quiero volverme invisible de una vez, aunque sé que nadie va a darse cuenta. Volverme invisible o desaparecer del todo, que viene a ser lo mismo. Así que ahora estoy aquí, acurrucada, dejándome llenar por la fragancia del alcanfor, igual que cuando era niña y jugaba a esconderme entre los abrigos de mi madre y su ropa de invierno. Igual que entonces.

... La sorpresa de los agentes fue enorme al hallar a la esposa desaparecida dentro de uno de los armarios roperos, donde, según todos los indicios, la mujer había permanecido escondida desde el miércoles anterior sin que el marido sospechara su presencia en el domicilio. El cuadro de deshidratación que presentaba, así como su evidente estado de shock nervioso, hicieron imprescindible su traslado inmediato a un centro sanitario. Tras ser citado en comisaría, el marido declaró ignorar qué podía haber impulsado a su mujer a emprender semejante conducta. Más tarde se negó a contestar las preguntas de los reporteros que lo esperaban a la salida. Algunos de los vecinos consultados afirman que ella era “un poco rara”, aunque la mayoría aseguran que se trata de un matrimonio completamente normal, como cualquiera de los que viven en el edificio. Tampoco se han podido constatar incidentes domésticos dignos de mención. La pareja tiene dos hijos, ninguno de los cuales convive actualmente con los padres.

* * *